

REFRANOLOGIA

—Bellísima lectora: beso a Vd. la mano.

—Simpático lector: vengan esos cinco.

Yo soy... ¡cualquiera! Mi nombre no tiene importancia. Lo cual no quiere decir que yo sea, *un cualquiera*. Si descubriera mi identidad, tal vez sonreírías incrédulos, al ver el rotulito que encabeza esta página. Por eso, prefiero ocultarla, modestamente. Pero, basta de preámbulos, y vayamos al grano.

Todo esto venía a cuento de que, a partir desde el número próximo de esta acogedora revista, les iré descubriendo el origen de los refranes y de las frases o locuciones vulgares, muchas de las cuales tienen un origen bastante extraño.

Pero ante todo, conste que estas explicaciones serán el producto de mis trabajos personales, de investigaciones minuciosas y estudios profundos.

Claro está que yo no serviré estas conferencias tan interesantes, con la vulgar regularidad con que el panadero sirve todas las madrugadas, la correspondiente ración diaria. Eso sería imposible. Mis ocupaciones, mis estudios y mis investigaciones no me dejan tiempo para tanto. Sin embargo, procuraré satisfacer su natural ansiedad, con una regularidad que ya la quisieran en la Isla de Ingenieros.

Y con el plausible objeto de que tengan Vds. una ligera idea de estas difíciles cuestiones, voy a relatarles los descubrimientos realizados por un refranólogo de cuyo nombre no me acuerdo ni falta que hace.

Dice ese señor, que ha descubierto el origen de dos frases o locuciones comunes, que son: "Está entre Pinto y Valdemoro" y "Ahí me las den todas".

¡Oído al parche!, digo, ¡ojo al papel!

Había una vez un individuo con una curda que, sin llegar a ese estado que en Filipinas bien pudiéramos llamar, de "soldado americano", o sea, que no daba con sus huesos en todos los adoquines de la calle, es lo cierto que había agarrado una tajada, de las de pronóstico reservado.

Nuestro hombre, que era natural de Pinto vilorio de la provincia de Madrid, (véase el diccionario, donde acabo de verlo), salió del pueblo, y se dirigió a Valdemoro, que sólo está separado de su paisano, por un arroyo de escaso caudal.

El fiel discípulo de Baco, tuvo entonces una de esas ocurrencias tan frecuentes y tan graciosas en los individuos que se encuentran en situación semejante, y fué que, colocándose en la orrilla del arroyo que daba a su pueblo, decía:

—Ahora estoy en Pinto.

Luego, pegaba un salto, y al dar con sus costillas en la ribera opuesta, exclamaba con júbilo:

—Ya estoy en Valdemoro.

Repitió el juego varias veces, con terquedad propia de su estado, hasta que agotadas sus ya debilitadas energías, vino a caer en el inocente arroyo, y entonces comenzó a dar voces, gritando:

—Y ahora estoy, ¡entre Pinto y Valdemoro!

En cierta época y en un lugar de cuyo nombre más vale no acordarse, (será lo mejor, porque realmente no me acuerdo), había un hombre que sin llegar a malo, tenía un genio de mil demonios y una fuerza de 40 Hp.

Este buen señor, había cometido una ligera falta y queriendo el Alcalde del pueblo demostrar que a la diosa de la Justicia no se la representa vendada por estar jugando a la gallina ciega, sino por alguna otra razón, y temiendo al mismo tiempo los ímpetus del señor de los 40 Hp., decidió que uno de los alguaciles mas robustos y decidores, realizara la difícil aprehensión.

—Hazle saber—advirtió al Alcalde al corchete, para darle más ánimos—que vas en mi propia representación, y por tanto, lo que te dijere o hiciera, lo consideraré como ofensa inferida a mi propia persona!

Marchó el alguacil y al cabo de largo rato, regresó con un carrillo que echaba llamas y llevando en la mano derecha dos o tres muelas que se habían declarado en huelga forzosa.

Preguntóle el Alcalde que le había pasado, y por qué no llevaba a su hombre, entablándose el siguiente diálogo:

—Señor Alcalde yo bien lo intenté, pero... no me dejaba el dolor. (Y el infeliz se señalaba el hinchado carrillo). Me ha dicho, que si el Señor Alcalde va en persona, ya charlarán un ratito.

—Pero, en fin de cuentas, ¿qué ocurrió?

—Me parece haber entendido (repuso el guindilla, mientras se daba masaje en un carrillo), que lo que ese hombre me haya hecho a mi, es como si lo hubiera hecho al Señor Alcalde, ¿no es verdad Señor Alcalde?

—¡Exactamente!, pero acaba.

—¡Pues sepa el Señor Alcalde, que ha recibido una tremenda bofetada, en la mejilla izquierda!

Y la autoridad del pueblo, que ya estaba pensando en las mejores razones que podría aducir para evitar tan peligrosa entrevista, no pudo contenerse, y exclamó:

—Pues... ¡ahí me las den todas!

De modo que, hasta el día 20, si Dios quiere.

—Bellísima lectora: a los pies de Vd.

—Simpático lector: ¡chócala!

DR. CACASENO.